



El cine que hizo de la realidad un set de rodaje

En «Los fantasmas de mi vida» (Caja Negra), el punto de partida es la frase de una película, «Memento» (Christopher Nolan), sobre la autocancelación del futuro por parte de la cultura popular, la pronunciada por Drake: «Me siento como Guy Pierce», decía el rapero en alusión a un tiempo en el que, como el futuro está cancelado, la cultura de masas nos devuelve una y otra vez lo mismo con distinto envoltorio y no podemos recordarlo, como el protagonista de la película. En el libro hay un capítulo interesante dedicado a «Origen» de Christopher Nolan, en torno a la que se establece un debate sobre la realidad. «Hay una tristeza que surge de una cultura en la que el mercado ha clausurado toda posibilidad de un afuera», dice Fisher, que plantea que anhelamos vacaciones en lugares extraños y, cuando llegamos, «el lugar parece el set de filmación de un anuncio». Esa es la duda que queda con la película: ¿es algo más o solo un enorme spot televisivo? Por cierto, que sus escritos sobre cine del autor también han sido publicados recientemente en «Lo raro y lo espeluznante» (Alpha Decay).

verse y vestirse como versiones mejoradas quirúrgica y digitalmente de la gente común y el énfasis puesto en la extereorización gimnástica de los sentimientos del canto». Si no está hablando de «Operación Triunfo», se le parece.

Hay excepciones a toda esta fatal situación, grupos que sí merecen la pena ser escuchados. Joy Division, Public Enemy, Burial, James Blake, el citado Tricky y especialmente las páginas dedicadas a «Going Underground» de The Jam, como las antípodas del «brit-pop», como los últimos en producir una cultura que no sea una «insulsa homogeneización hedónica» producida por grandes corpora-

ciones. Y es que, de forma premonitoria, Fischer escribe sobre la música de baile comercial unas líneas que encajan con la trágica historia de Avicii, muerto a los 28 años hace pocos días. «Es difícil no escuchar la demanda de diversión que nos plantean esos discos como flacos intentos de distraernos de una depresión que solo pueden enmascarar pero nunca disipar», comenta sobre un «pop cargado de esteroides» pero casi parece que esté refiriendo a la vida del DJ. Son canciones (Fischer menciona a David Guetta, Flo Rida, Calvin Harris y will.i.am) que buscan dar al oyente su recompensa inmediata, en primer plano, tan pronto y tan obviamente como

sea posible que al final resultan como una droga que hemos consumido tanto que somos inmunes a sus efectos. «Más que invitar a pasártelo bien, es como si esas canciones te estuvieran obligando. Te tiranizan».

Piruetas de un chico listo

Un momento, ¿piensan que todas estas teorías son piruetas de un chico listillo para parecerlo más? ¿Les parece que Fisher pontifica desde su título universitario pero no tiene idea de lo que habla? Atendan: «Mi depresión siempre estuvo atada a la convicción de que yo era literalmente bueno para nada. Pasé la mayor parte de mi vida, hasta los treinta años, creyendo que nun-

ca iba a trabajar. A los veinte, anduve a la deriva entre los estudios de posgrado, los periodos de desempleo y los trabajos temporales. En cada uno de esos roles sentí la misma falta de pertenencia. (...) Era sobreeducado e inservible, y ocupaba el puesto de alguien que lo merecía más que yo. Incluso cuando estaba en las clínicas psiquiátricas, sentía que realmente no estaba deprimido». Fischer creyó haber vencido el combate a la depresión, pero no era así. «Me ha costado mucho entender esto. La depresión es el espectro maligno que me ha acechado toda mi vida. Comencé a escribir este blog en 2003, cuando la vida cotidiana era apenas soportable».

Una pura desolación personal que, en las últimas páginas, enlaza de forma poética con otra depresión: la resignación social. La aceptación de que todo va a empeorar irremediablemente, que no tendremos pensiones, que demos las gracias por este trabajo. Que el Estado del Bienestar es inviable y que, en suma, no somos de ese tipo de personas que pueden actuar y cambiar algo. El terreno de juego está en sus conciencias.



«LOS FANTASMAS DE MI VIDA»
Mark Fisher
CAJA NEGRA
288 páginas,
19,50 euros